



## XXV.

### FUNCIÓN DE CAÑETE.

1615.

Entrada de los holandeses en el mar del Sur.—Se alista apresuradamente armada en el Callao.—Encuéntanse en Cañete.—Arrojo temerario de D. Rodrigo de Mendoza.—Combate nocturno.—Escena horrorosa.—Continúa la acción el día siguiente.—Queda sola la almiranta española.—Se hunde con sus defensores.—Elogio de D. Pedro de Pulgar.—Sálvase la Monja Alférez.—Ocurrencias notables.—Marchan los enemigos.



Los documentos oficiales citados en capítulos distintos de esta historia enseñan que una de las primeras, cuando no la principal, de las recomendaciones que se hacía á los virreyes del Perú al otorgarles título de tan elevado cargo, era la economía en los gastos de oficio. La entrada de corsarios ó piratas en el mar Pacífico; la captura de las embarcaciones del comercio; el saqueo é incendio de las poblaciones del litoral; los daños incalculables que en pocos días de aparición ocasionaban, no eran tantos que persuadieran de la inconveniencia del sistema arraigado. Considerábanse las expediciones de extranjeros como un mal transitorio; había empeño en creer que la presente era la última, y continuaban las costas sin fortalezas, las poblaciones sin guarnición, los puertos sin buques de guerra, viviendo la gente en las delicias de lo que hoy todavía se llama «presupuesto de la paz». Al llegar aviso de entrada de bajeles por el estrecho de Magallanes se alis-



taban á toda prisa compañías, nombrábanse capitanes, y con las embarcaciones de comercio se improvisaba una armada.

En puridad, estos preparativos imperfectos, hechos siempre con la precipitación de última hora, trabajando día y noche, adquiriendo ó fabricando de momento armas, pertrechos y aun pólvora, sin atención al costo, ocasionaban gastos de incomparable entidad sin resultado efectivo. En los tiempos mismos de tranquilidad asegurada, el embarque en cascajos viejos de la plata y oro de la Corona más de una vez produjo la pérdida total de millones de pesos; sin embargo, seguía llamándose economía al escatimar algunos reales en personal ó material, y no es raro: han pasado muchos años, y económico se dice el procedimiento.

Cuando el Marqués de Montes Claros tomó posesión del virreinato se contaban ocho expediciones piráticas, incluyendo las de Drake y Cavendish, unas con próspero, otras con adverso suceso; pero todas con daño del comercio, sobresalto de la población y estímulo á la repetición en el botín y en la impunidad. Continuó la marcha de los antecesores este Virrey, y llevaba cuatro años de gobierno sosegado cuando, corriendo el día 1615, en mal hora recibió nueva de que cinco naos holandesas surgían en el puerto de Valdivia. Como siempre, causó sorpresa la noticia, recelando que el primer intento fuera poblar y fortificar en aquel sitio codiciado, sin respeto á las treguas estipuladas con los antiguos rebeldes de Flandes. Todo fué ruido, movimiento y confusión entonces: aprestar armas, alistar compañías; buscar bajeles; nombrar artilleros, cabos y capitanes á los paniaguados de las autoridades, formándose como por encanto en el Callao una armada de seis navíos <sup>1</sup>, á saber: capitana *Jesús María*, capitán Delgado, de 22 cañones y 400 hombres; almiranta *Santa Ana*, capitán Bustinza, con 12 piezas y 200 personas; *Carmen*, capitán Coba, 8 cañones y 150 hombres; *San Diego*, capitán Juan de Nájera, 80 soldados, sin artillería; *San-*

<sup>1</sup> Son confusas las noticias de este armamento; me atengo principalmente para la comprobación á los datos del enemigo, que no tendría empeño en rebajarlo.



*tiago*, el maestre de campo Pedraza, con 80 hombres y cuatro pedreros; patache *Rosario*, capitán Juan de Alberdín, con 50 soldados, componiendo suma total de 1.400 hombres <sup>1</sup>. Capitán general fué nombrado D. Rodrigo de Mendoza, caballero de Santiago, sobrino del Virrey, joven de acreditado valor; almirante, D. Pedro Alvarez de Pulgar <sup>2</sup>, soldado bizarro, que antes había sido general de armada en el mar del Sur y ahora debía serlo; maese de campo general, D. Diego de Saravia. Los dos primeros buques pertenecían al Estado; los otros eran mercantes, los que más á mano se hallaron. De cualquier modo, en suma, eran seis; y no llegando á más de cinco los enemigos, la prevención quedaba satisfecha, sin cuidado del porte y armamento que tuvieran, ni la diferencia que va de tripulaciones colecticias, en que unos hombres á otros no se conocían y las que, después de organizadas, traían más de un año de navegación y ejercicio.

Con otra noticia de avistarse el enemigo desde el puerto de Cañete, que está 24 leguas á barlovento, salió nuestra armada del Callao, observando al paso las malas condiciones de la almiranta, que se quedaba rezagada; se recomendó mucho la unión, sin poder lograrla por el diferente andar, y en pelotón descubrieron á los holandeses á las cuatro de la tarde del 17 de Julio, unas 15 millas separados de la costa. Descubrieron también, casi al mismo tiempo, un barco que se desatraca de tierra á vela y remo; traía despacho del Corregidor de Cañete para el General advirtiéndole que, reconocidos los enemigos con anteojo de larga vista, le parecía venían muy trabajados y con poca fuerza, según la lentitud con que hacían las faenas, y así cuidara mucho no se le fuesen de entre las manos aprovechando la noche, y los atacara desde luego con la certeza del triunfo.

Tenía crédito de soldado este Corregidor, é hizo fuerza en el ánimo de D. Rodrigo, no necesitado de espuelas, el razonamiento de la carta; lo comunicó en la Junta ó Consejo de

<sup>1</sup> Algunos papeles dicen 800.

<sup>2</sup> En relaciones, González de Pulgar. Las holandesas le nombran D. Pedro de Piger y Pigo.



guerra, reunido en el momento, y el experimentado Almirante fué de parecer que no se aventurase el encuentro tan cerca de la noche y sin tener reunidos los seis bajeles; en su juicio, esperando al día siguiente y disponiendo el ataque general, podían pelear y vencer con ayuda de Dios, indicando la disposición del enemigo, que no trataba de esquivar el encuentro, para el que se le veía apercebido y aun engalanado con pavesadas, flámulas y gallardetes, sin dar la vela que el viento consentía. No dejó D. Rodrigo de conocer la madurez del consejo, y por de pronto lo admitió; mas quedándole en el alma la espina de la opinión, si después de avisado huía aquella noche el holandés y por astucia aparentaba lo contrario, combatido de la duda dejóse llevar del falso puntillo de la honra y sin aguardar á tres de sus bajeles que estaban muy apartados á sotavento, comunicó sus órdenes y osadamente fué adelante, seguido de la almiranta y del patache.

La escuadra holandesa, gobernada por el almirante Joris van Spielbergen <sup>1</sup>, hombre, aunque de más de sesenta años, fuerte y experimentado marinero, se componía de cinco naos muy sólidas, construídas expresamente para circunnavegación, con contracostados ó aforro interior, rasas de popa y recogidas de obra muerta: dos de ellas, llamadas *Groote Zon* y *Groote Maan*, eran de á 600 toneladas, armadas con 28 cañones; otras dos, la *Neeuw* y la *Eolus*, medían 400 toneladas, llevando 22 cañones, y la quinta era patache, nombrado *Morgenster*, de 100 á 150 toneladas, con ocho cañones, sumando la gente de todas 800 hombres. Por estos datos, tomados del enemigo mismo, se juzgará de la temeridad, que no arrojó, de D. Rodrigo de Mendoza.

Serian las nueve de la noche cuando, acercándose nuestra capitana y almiranta á los holandeses, pusieron éstos faroles en los palos, y, tocando los pífanos, dispararon un cañonazo sin bala; contestó D. Rodrigo con dos que las llevaban, á tiempo que sonaban los clarines, y al momento se generalizó

<sup>1</sup> En documentos españoles, Jorge Esperanverg, Espernet, Spilberg, Sperverg. En algunos extranjeros, Spielberg. Dicen era alemán al servicio de Holanda.



el fuego en descargas rapidísimas, sufriendo cada uno de nuestros bajeles las de dos de los enemigos, no haciendo cuenta del patache, porque muy pronto recibió varios balazos á flor de agua y se fué á fondo, salvándose pocos con su capitán Alberdín, á bordo de la capitana.

Era la noche obscurísima, pareciéndolo más el fulgor de los cañonazos, aprovechado para las sucesivas punterías; el sonido de las cajas de guerra, las voces de mando, las imprecaciones de los combatientes y los gemidos de los moribundos prestaban á la escena terrible grandeza. Mezcladas las naos y habiendo calmado en absoluto el viento, no se distinguían unas de otras, multiplicando, sin embargo, los disparos con frenesí, de manera que la capitana española soltó sobre su almiranta una andanada mortífera, que le hizo más daño que el enemigo, y por el otro lado, como la holandesa *Neeuw* se viera muy apurada y la socorriera su General con una lancha cargada de gente, creyéndola contraria, la echó á pique, no obstante que gritaban *¡ Orange! ¡ Orange!*

El cansancio de la gente y la necesidad de atender al reparo de los daños suspendió aquella verdadera carnicería, apartándose los holandeses con el remolque de las lanchas que echaron al agua.

Al amanecer el día siguiente, que fué sábado 18 de Julio, seguía el viento calmoso; los cinco navíos holandeses estaban unidos, la capitana y almiranta nuestra á su barlovento, y lejos, á sotavento, los otros tres bajeles, espectadores pasivos de lo ocurrido la noche anterior y de lo que había de ocurrir ahora, porque D. Rodrigo de Mendoza, sin hacer diligencia para congregarlos, sin consideración al lastimoso estado de la almiranta y sin cuidar de la fuerza enemiga, que ya no podía serle dudosa, acometió de nuevo con heroico tesón á la nao de Spielberg, procurando abordarla y cañoneándose en tanto con ella y otra de las mayores enemigas. Cuando consiguió ponerse al costado, eran tantos los muertos y heridos que tenía, que, lejos de ordenar el asalto, puso á gritos pena de la vida al que entrara en la nave contraria, no obstante lo cual, porque con el ruido del batallar no lo enten-



dieran ó porque nada detuviera su impulso, saltaron un don Domingo de Loaisa, Juan Muñoz de la Fuente, Martín Flores y dos ó tres soldados más, peleando á espada y rodela como fieras. Al apartarse los buques quedaron abordo del holandés, y aunque hicieron prodigios fueron muertos todos, como es de suponer, á excepción de Martín Flores, que, cubierto de heridas, arrancando el estandarte enemigo de la popa, se arrojó al agua y á nado alcanzó al *Jesús María*, entregando á su General aquel sangriento trofeo <sup>1</sup>.

Retirándose la capitana á favor del viento fresco que de tierra se levantaba, quedó la almiranta *Santa Ana* siendo blanco de los cañones de los cinco enemigos, sin brazos apenas para descargar los suyos, pocos y en parte ya desmontados.

Aun así quiso también abordar á alguno, y fué el primero en saltar el capitán Bustinza, que, herido de pica á través de la jareta, cayó al agua y pereció. En vano Spielbergen reiteraba á D. Pedro del Pulgar su consideración si se rendía, cesando la estéril resistencia; tan recio con el holandés como con algunos de los suyos que quisieron izar bandera blanca, prosiguió el combate hasta el anochecer, y á eso de las ocho se sumergió con su nave, prefiriendo la muerte al vencimiento y dejando con su resolución gloriosa, aunque desesperada, profundamente conmovidos á los que lo combatían.

La capitana *Jesús María* tuvo 60 muertos y 80 heridos, que desembarcó en Pisco, y aderezándose lo mejor que pudo continuó navegando hacia Panamá para unirse á los navíos que allí estaban. Todo el mundo reconoció que se había batido bien. De la almiranta por rareza escaparon con vida cuatro personas, recogidas en el agua por los holandeses. Los otros tres bajeles no entraron en fuego; sometidos los capitanes al examen de un Consejo de guerra, alegaron no haber podido aproximarse por estar á sotavento, y que de cualquier modo fueran de poco servicio en la acción no llevando ar-

<sup>1</sup> Consta el hecho por certificación del general D. Rodrigo de Mendoza. Martín Flores fué remunerado y distinguido: tuvo constante empleo en la marina y murió en el Callao siendo capitán de mar y guerra.



tillería; pero los descargos no bastaron á modificar la opinión pública, que censuró su proceder tanto como enaltecía el de los desdichados tripulantes de la almiranta. Contando los que sucumbieron en el patache la noche primera, ascendieron los muertos á 500, entre ellos el almirante Pulgar, los capitanes Gabriel Juárez, Diego Díaz Matamoros y Bustinza; los alféreces Baltasar de Saavedra, Pedro Jiménez, el piloto Herrera y varios caballeros aventureros. Las bajas del enemigo se calcularon en 100 á 180, sin que nunca se haya averiguado de cierto por no especificarlas sus historiadores, no más escrupulosos que los de otros pueblos en vestir y adornar la verdad á su gusto, según demuestra la narración de este combate que extracto de uno <sup>1</sup>.

La armada española, dice, se componía de siete grandes galeones; atacaron de noche, y uno de ellos se fué á pique por el fuego de Spielbergen; la nao *Neeuw* se vió un tanto apurada, y tratando de socorrerla disparó sobre la lancha que le acudía, sumergiéndola. Renovado el combate al día siguiente, la capitana de D. Rodrigo forzó de vela, perdiéndose de vista, y es de presumir que se hundió. La almiranta se fué á pique sin quererse entregar, y «al desaparecer *Alvarez Pígro*, la tripulación fué abandonada á su suerte á pesar de los gritos de misericordia; insigne crueldad de algunos subalternos que el Almirante desaprobó, pero que puede explicarse como represalia de la manera bárbara con que los españoles hacían la guerra. Fué la primera vez que los holandeses alcanzaron victoria tan completa de los españoles en esta parte del mundo; victoria memorable por haber sido ganada *con fuerzas infinitamente menores que las de nuestros terribles enemigos*. Costóles el combate cuatro grandes galeones, y entre los muertos, que casi llegaron á 1.000 hombres, el General y el Almirante.

»La pérdida de los holandeses resultó comparativamente muy pequeña.»

<sup>1</sup> *Les Hollandais au Brésil, notice historique sur les Pays-Bas et le Brésil au XVII<sup>e</sup> siècle*, par P. M. Netscher. La Haya, 1853.



En lo que fueron justos es en la apreciación y realce de la conducta de Pulgar, presentándolo al conocimiento de sus compatriotas como dechado de prudencia, de entendimiento, de sereno valor y de resignada y caballerosa dignidad en la desgracia. Si en Lima se enalteció su memoria, proclamándose como *crédito del reino y honra de su patria, Granada*; si en España hizo su elogio el severo fiscal Solórzano Pereira <sup>1</sup>, la verdad es que fueron mayores los encomios que le prodigaron en Holanda, manifestando pesar del desastroso fin que tuvo. Entre los recuerdos que le dedicaron, hay un bosquejo histórico escrito en alemán por el Sr. Honewald, traducido al castellano por la insigne escritora que firmaba *Fernán-Caballero*, narrando con poética delectación los principales episodios del combate hasta el final, en que se dice que Spielbergen en persona fué á visitar al Almirante español, hallándolo con las canas ensangrentadas, tranquilo, digno, cortés; pero con la inquebrantable decisión de no salir del bajel que había de servirle de ataúd <sup>2</sup>.

El respeto á la santidad del juramento en este Almirante; la temeraria acometida de D. Rodrigo de Mendoza y la heroicidad del soldado Martín Flores, que sobresalen en la acción, han obscurecido otros hechos personales, otras ocurrencias que no por menos señaladas dejan de merecer especial noticia. Una es que entre las cuatro personas libradas de la

<sup>1</sup> *Varias obras póstumas*, pág. 328. Lo hizo asimismo el Conde de la Granja en la *Vida de Santa Rosa de Lima*, diciendo:

«Á esta ocasión, llamado del ruido  
por la otra parte, el Espilberghen llega;  
salvarse ofrece, dándose á partido,  
al oír el clamor de que se anega.  
»Antes muerto, responde, que rendido,  
el Almirante, y sus cañones juega,  
pudiendo en ellos, de su abierta roca,  
disparar todo el mar por cada boca.  
\* . . . . .  
»¡Oh Pulgar, goza triunfos belicosos,  
que ya la fama en tu sepulcro canta,  
pues vencido del riesgo, es mayor gloria  
no dejarse vencer, que la victoria.»

<sup>2</sup> La traducción de Fernán-Caballero se publicó en la *Crónica naval de España*, año 1861, t. XII, pág. 80.



almiranta estaba la famosa *Monja Alférez*, D.<sup>a</sup> Catalina de Erauso. Batiéndose con la bizarría que lo hicieron todos los de aquella generosa tripulación, y con la que ella misma lo había hecho en la guerra de Chile, ganando con una bandera enemiga la jineta que usaba, al irse á fondo el bajel nadó hacia el holandés más inmediato, y no mejor conocida de los enemigos y de los amigos, quedó en clase de prisionero hasta que con los otros fué echada en la costa por excusar el embarazo que en el navío causaban. Refiriólo ella misma en las Memorias ó autobiografía que dejó escrita <sup>1</sup>.

En la primera descarga de artillería que la capitana holandesa hizo sobre la de España, disparó una pieza con *patacones* ó pesos duros, atestiguándolo más de ciento que quedaron clavados en la tablazón. Discurriendo cómo pudiera ser esto, con averiguación de haber apresado el día antes del combate en el puerto de Cañete una embarcación mercante que traía de Arequipa de esta moneda, se presumió que al verificar el trasbordo distraerían los marineros un talego, que ocultaron por de pronto en el interior de la pieza, y no dando tiempo á sacarlo la presencia de la armada, al romper el fuego fué devuelto á sus dueños en tan desusada forma.

Caso raro también fué que una bala española dió en la boca de un cañón enemigo al tiempo de dispararlo, y reventó, matando á siete hombres. Dijolo un desertor, con otros pormenores del combate y navegación de los holandeses; que se fueron comprobando por distintos conductos.

Spielbergen salió del puerto de Holanda el 8 de Agosto de 1614 con seis navíos, componiendo las tripulaciones gente reclutada en aquel país, en Alemania, Flandes y la Rochela. Como piloto práctico llevaba uno de los de la expedición de van Noort. Dirigiéndose á las islas de Cabo Verde y Brasil, pretendió desembarcar los enfermos y obtener provisiones por medios que pusieron en armas á los portugueses, obligándoles á salir á la mar, con pérdida de tres lanchas y de

<sup>1</sup> *Vida y sucesos de la Monja Alférez, escrita por ella misma en 1646.*—Academia de la Historia.—Manuscrito.—*Colección Muñoz*, t. XLVI, fol. 201.



40 hombres. Algunos más pasó por las armas á fin de sofocar en principio el motín de su gente, opuesta á entrar en el estrecho de Magallanes. Uno de sus pataches se le separó, volviendo á Holanda; con los otros navíos continuó sin conseguir más presa que la de un barquichuelo de cabotaje en que iba el capitán Francisco de Lima, natural de Madrid, con 17 portugueses.

Desembocó con fortuna en el mar Pacífico en el mes de Febrero de 1615, atracando á la ribera de Chile para hacer aguada y provisiones, costándole la operación dos hombres que mataron los indios y otros dos desertores. Corriendo la costa é incendiando casas en la isla de Santa María y en Valparaíso, halló en Cañete la nave mercante ya referida, con carga de vino y aceite, con los patacones, que unos dicen eran 12.000 y otros hacen subir á 40. Otro barco con azúcar y miel, incendió. Apareciendo en esto D. Rodrigo de Mendoza, ocurrió el combate, de que salió la segunda nao holandesa tan malparada, que hubo que calafatearla en los días siguientes y cambiarla el aparejo. Por los prisioneros se informó Spielberg del estado indefenso del Callao, é hizo este rumbo ideando resarcirse con las embarcaciones que hubiera en el puerto. Fondeó, pues, á la entrada el 21 de Julio y rompió el fuego sobre la población. Allí había reunido el Virrey gente que á toda priesa montó en la playa un cañón grueso, y en pocos disparos acertaron con uno al árbol mayor del navío almirante, y con otro á los fondos del patache; con lo cual, sin esperar más, cortaron los cables los holandeses y se hicieron á la vela. En Paita, donde no había tanta prevención, surgieron el 8 de Agosto; desembarcaron cuatro compañías de mosqueteros, tomando por la espalda una trinchera de tierra que constituía la defensa; y como la gente se retirara á un cerrillo inmediato, incendiaron el pueblo, sin encontrar cosa de provecho por haber internado con tiempo los objetos de valor. Dejaron en la playa un muerto y retiraron dos heridos, uno de los cuales se supuso jefe por la banda roja que le cruzaba el pecho. De Paita pasaron á Guarney, donde también desembarcaron sin mejor resul-



tado; no consiguieron carne ni otros refrescos de que iban necesitados, y convencidos de estar toda la costa en armas, continuaron hasta el puerto de Acapulco y enviaron parlamento al Gobernador, proponiéndolo la entrega de los prisioneros que tenían á cambio de agua, leña y carne, amenazando en caso de negativa con el ataque del pueblo. Admitida la proposición por considerar superior su fuerza, se proveyeron á costa de los vecinos, acabando las depredaciones con que turbaban las treguas en aquellas aguas. Iban á continuarlas más lejos, tomando la derrota de las islas de los Ladrones, no sin que se les desertaran marineros, quejosos de mal trato.

Estuvo en poco que cayera en sus manos un bajel ricamente cargado, en que iba el Presidente de la Audiencia de Quito, D. Antonio de Morga, el que batió á van Noort en Manila. Llegóse muy cerca de sus navíos creyéndolos españoles, y gracias á su ligereza pudo escapar. Otra embarcación que conducía al oidor D. Juan de Solórzano se cruzó con ellos sin verlos, y lo mismo aconteció á la armada del cargo de D. Antonio de Beaumont, á que se había unido don Rodrigo de Mendoza, bajando desde Panamá con el nuevo virrey del Perú, príncipe de Esquilache. Aunque éste desembarcó en Manta á fin de que las naos persiguieran á Spielberg, no lograron darle alcance <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> La Colección de documentos de Navarrete comprende varios relativos á la armada de Spielberg, en los tomos II, XII y XXVI. Los de interés son:

*Derrotero y declaraciones que hicieron en el reino de Chile ante los Oidores de la Real Audiencia del, el capitán Francisco de Lima y Andrés Enriquez, sobre el viaje que el año de 1615 hizo por el estrecho á la mar del Sur el olandés Jorge Espernet, en cuya armada pasaron.*

*Relación del suceso que tuvo nuestra armada real del cargo de D. Rodrigo de Mendoza con la del enemigo olandés que entró este año de 1615 al mar del Sur por el estrecho de Magallanes con cinco navios, en el combate que tuvieron sobre Cañete, cerca de Lima.*

*Relación recibida en Saña en 29 de Agosto, que vino de Lima, de lo que declara y dice el francés que se huyó al enemigo en Guarmey, del suceso de su armada y arbitrios que da á la nuestra.*

*La gente de guerra de la capitana de nuestra armada, llamada Jesús María, que el enemigo mató en la ocasión.*

*Cartas escritas á su Magestad por D. Francisco de Andía Irrayazabal desde Bruselas, con fecha de 7 de Marzo y 20 de Abril de 1616, con noticia de lo sucedido en el mar del Sur y costas del Perú por navios de Olanda que pasaron por el estrecho de Magallanes.*

